

pre la misma; que no ha nacido, sino para dar testimonio de lo que ha visto; que ha estudiado todos los libros; que ha practicado todas las virtudes; que ha pasado por todos los sufrimientos y por todos los sacrificios; que ama á Dios y á la humanidad tierna y apasionadamente, no puede mentir.

Ella, con solo ostentarse, prueba la divinidad de quien la creara. Ella es una obra divina y las obras divinas no pueden brotar de una pequeñez humana.

Ella, hablando, da testimonio de la vida de Cristo encerrada en el Evangelio.

Ella es el Evangelio encarnado.

Ella, que ocupa el espacio, que domina el tiempo, que es inteligente y santa, ha enseñado y enseña siempre, que Cristo es Dios.

LOS MÁRTIRES

DAN TESTIMONIO DE LA DIVINIDAD DE CRISTO.

La Iglesia ha nacido para dar testimonio: es un testigo permanente é irreprochable en medio del mundo: este es su deber, su misión, su nota característica, la razón de su existencia.

Por su vida, que es perpetua, ha presenciado los hechos que declara; por su universal difusión no puede dejar de ser sincera al declarar; por su inteligencia y por su moralidad, da á su testimonio el más valioso prestigio.

Sin embargo, mejor que por su ciencia y por sus virtudes, la Iglesia afirma por la sangre y por la muerte.

Este es el carácter supremo y decisivo de su testimonio.

La muerte ha tenido siempre el derecho de hacerse escuchar.

La Iglesia, que como sociedad no muere, ha querido morir en sus hijos á fin de elevar su afirmación á la más alta potencia.

Los hechos originales del cristianismo están escritos con caracteres de sangre.

Contra esta luminosa manifestación de la verdad, no hay argumentación posible.

El hombre puede morir por una opinión; pero esta muerte no atestigua la verdad de la opinión por la cual se sacrifica.

Al que ofrece probar con su sangre la verdad de una proposición, se le puede decir: esto no me bas-

ta, necesito una demostración racional que se imponga á mi inteligencia.

Quien muere en defensa de una opinión, es un hombre quizá sincero, es decir, su muerte será un testimonio de la sinceridad con que profesa la opinión por la cual da la vida; pero nunca quedará justificada con su muerte la verdad de lo que enseña.

Y tiene que ser así: la opinión se forma en un medio falible. ¿Quién podrá asegurar que tal opinión se ha formado en un espíritu enteramente sano?

¿Quién podrá asegurar que esa opinión está exenta de error y que responde á los eternos principios que norman la vida del entendimiento?

Lo que se puede probar por medio de la sangre y de la muerte, son los hechos.

Los hechos caen en un medio del cual es fácil determinar la infalibilidad: estos medios son las percepciones exteriores.

Los hechos no se demuestran, se afirman.

Sacrificar su vida por afirmar un hecho, es atestiguar su realidad en grado más alto.

No hay tribunal que no admita esta prueba de

la muerte libre y espontánea, como prueba suprema y decisiva de la verdad de los hechos.

Y en esto consiste precisamente la fuerza testimonial del martirio; es la afirmación de hechos divinos, de fenómenos sensibles, que atestiguan la intervención de Dios por el lenguaje sublime é irresistible de la sangre y de la muerte.

Los apóstoles declaraban sólo lo que habían visto y oído, es decir, declaraban hechos. Declaraban que Cristo había nacido, que había vivido en medio del mundo, que les había hablado, que había llenado la Judea con sus maravillas, que había muerto y que había resucitado.

No podemos dejar de decir lo que hemos visto y escuchado, decían á sus jueces: *non enim non possumus quæ vidimus et audivimus non loqui.*

Y los mártires de todos los tiempos han rendido igual declaración.

Yo soy cristiano, decían; es decir, soy la afirmación viviente de todo lo que ha pasado en el mundo desde que Dios apareció en la tierra: soy de Cristo, porque él me ha engendrado, á la vida sobrenatural y me ha engendrado porque es Dios. Cristo es Dios; si no lo fuera, yo no sería de El. He visto en las manos de aquéllos á quienes comunica

su poder, los signos maravillosos de su divinidad. He escuchado la voz de una tradición cierta, fiel, incorruptible, que proclama el hecho público é inmortal de donde vienen mi nombre y mi fe.

Y esos hombres que dan su sangre y su vida, en testimonio de esos hechos divinos, han sido muchos; lo son todavía.

Inmensa multitud de católicos de toda nación, de toda condición social, de toda edad y todo sexo, sabios y grandes, mezclados con los humildes y pequeños, ante la faz del género humano han dado testimonio con su sangre y con su muerte del hecho visible y palpable de la aparición de Cristo en la tierra.

Esa multitud de mártires es tranquila, apacible; jamás fué rebelde ni tumultuosa; nada se ve en ella que recuerde el fanatismo de los partidos políticos, de las sectas ocultas, de los levantamientos militares.

Cuando una legión romana, la legión de Tebas, formada de cristianos, mostró estar dispuesta á morir en defensa de su fe, los jefes de ella decían á sus verdugos: Tenemos las armas en la mano y no resistimos. *Tenemus ecce arma et non resistimus.*

Los tormentos á que eran sometidos eran espan-

tosos, implacables los verdugos, hábiles é inflexibles los jueces.

Y nada agota la constancia de los mártires, nada cansa su paciencia, nada altera su resignación, dulce y modesta.

Interrogados hablan con una sabiduría, con una firmeza, con un tino que justifican claramente la promesa que Cristo les había hecho de su asistencia divina.

A menudo, incontables milagros acompañan su testimonio, su pasión y su muerte

Cuando en todos los siglos cristianos, especialmente en los tres primeros, muchedumbre tan inmensa afirma, dando su sangre y su vida, que Cristo es Dios, que habló á los hombres, que murió por salvarlos y que resucitó triunfante al tercer día de haber muerto, preciso es admitir ese testimonio como un testimonio irreprochable por completo.

Cualquiera que considere, sin preocuparse, la duración, extensión y horrores de las carnicerías que se hicieron en la Iglesia naciente, se verá obligado á reconocer, en la firmeza y constancia de sus horrores, una virtud sobrenatural y un valor infuso, emanado del mismo Dios, invencible como él.

La incredulidad, especialmente la de este siglo,

para deshacerse de prueba tan luminosa la ataca de diversas maneras.

No es tan inmenso el número de los mártires, dice ella, como afirman los católicos

Basta, para confundir á los incrédulos, abrir las páginas de la historia, que no se borran con impotentes negaciones.

«Las actas de los mártires, dice Balmes, no son devotas leyendas inventadas para nutrir la piedad de los fieles, son documentos que han pasado por el crisol de la crítica más severa. Ruinard, Mavillon, Natal Alejandro, Fleury, Tillemon, Paebroche, Holstenio y otros críticos por cierto nada sospechosos de excesiva credulidad, y cuya inmensa erudición y refinado discernimiento les aseguran completa competencia, vendrían en nuestra ayuda para justificar el hecho que los incrédulos niegan.

Tácito dice que su número era prodigioso, *multitudo ingens*, y que se les hicieron sufrir los más crueles y exquisitos tormentos, *quæsilissimis tormentis*.

«Son enjambres que corren al martirio como abejas al panal, según la frase del apóstata Juliano: *Sicut apes ad alvearia, sic illi ad martirium*.

La sola ciudad de Roma ofrece un argumento irrefragable.

Prudencio, en bellísimos versos latinos, decía: «Vimos en la ciudad de Roma innumerables cenizas de santos; si preguntas, oh Valeriano, por las inscripciones de los túmulos, los nombres de las víctimas, difícil se hace el responderte: tan grande es el número de los justos sacrificados por el furor impío de Roma idólatra. Hay en muchos sepulcros algunas letras que nos indican el nombre del mártir ó contienen breve alabanza, pero hay mármoles mudos que sólo encierran silenciosa muchedumbre y que sólo significan el número. ¡Cuántos cúmulos de cadáveres sin ningún nombre! Acuérdomeme que sólo en un lugar ví las reliquias de sesenta, cuyos nombres sólo conoce Cristo.»

Eusebio de Cesárea cita una Ciudad de Asia en donde todos, nobles, plebeyos, magistrados, eran cristianos y para abreviar la ejecución la hicieron quemar toda con sus habitantes sin permitirles la salida: inserta una carta de Maximino á los magistrados de Tiro, en la cual les felicita por haber exterminado y acabado con todos los cristianos que había dentro de sus muros y en su territorio.

Diez persecuciones cuenta la Iglesia bajo los em-

peradores gentiles, y es necesario tener en cuenta que no se ha limitado la persecución á pocos puntos, sino que se extendía por todo el ámbito del imperio.

Los escritos, los monumentos y las costumbres de los primeros siglos están atestiguando que el número de mártires era inmenso.

Nada importan, pues, los libros de Dodwel y Bayley, cuando los paganos mismos están de acuerdo con los cristianos en el cálculo que hace llegar á millones el número de hombres, mujeres, ancianos, sacerdotes, laicos nobles, plebeyos, asesinados en nombre de los dioses por haber dicho esta única palabra: Soy cristiano.

La incredulidad, derrotada en su primer argumento, hace otro: los mártires, dice, eran en el fondo revolucionarios, por eso se les castigaba y se les condenaba á muerte.

Felizmente los documentos históricos, y sobre todo las Actas de los Mártires, sobreviven para refutar esa calumnia.

“Yo no sé, decía Plinio, sobre qué recae la información, ni qué se busca en las pesquisas que se hacen contra los cristianos, ni hasta dónde se ha de extender su castigo. ¿Es el nombre el que se

ha de castigar en ellos ó los delitos que se adhieren á este nombre?»

“En el interin esta es la regla que yo he observado en las acusaciones contra ellos: les he preguntado si eran cristianos, y, cuando han contestado que sí, persistiendo en su confesión hasta por tercera vez, los he enviado al suplicio.»

Trajano contesta á Plinio que ha obrado y procedido bien; que no se hagan pesquisas de cristianos, pero que, si son acusados y convencidos de tales, sean castigados, y que si renegasen y sacrificasen á los dioses se les perdonase.

“Viendo nuestros predecesores Dioclesiano y Maximiano, decía el emperador Maximino, que casi todo el mundo renunciaba al culto de los dioses por hacerse cristiano, justamente declararon que á los que hubiesen abandonado su religión, se les obligase con tormentos á abrazarla otra vez de nuevo.»

Cincuenta años antes, el emperador Valeriano había mandado que los Obispos, sacerdotes y diáconos, fuesen condenados á muerte; que los senadores, caballeros y personas de distinción que se hicieren cristianos, fuesen despojados de sus bienes, honores y dignidades, y si, no obstante, perse-

veras en en su profesión cristiana, se les condenase á muerte.

Así es que, aun cuando los perseguidores alguna vez hubiesen buscado pretextos para encubrir su tiranía, siempre será cierto que los cristianos podían librarse del martirio y de la muerte, apostatando: su fe, entonces, era la causa única de su martirio.

Una tercera objeción hacen los incrédulos para combatir el testimonio de los mártires.

Hay mártires, dicen, pero el martirio es el resultado de la increíble y contagiosa acción del fanatismo sobre multitudes poco ilustradas y generalmente sin fortuna.

Ciertamente, el fanatismo obra sobre las muchedumbres ignorantes y miserables: es, sin duda, su acción duradera y contagiosa.

Pero es bien conocido el medio para reconocerlo y también para suprimirlo.

Es el fruto de la imaginación, de la ceguedad, del capricho; es el hijo y el padre, á la vez, de la pasión, de la violencia, de los atentados más terribles; se nutre de sueños y de esperanzas absurdas y desaparece bajo el influjo de la ciencia, de la virtud, de la paz interior.

Nada ha habido de común entre el fanatismo y nuestros mártires.

Muchos de entre ellos fueron sabios y todos instruidos en la verdad religiosa, serenos y recogidos, modestos y dulces, delicados en su compasión y en su caridad para con los verdugos, rectos y luminosos en sus afirmaciones, alejados de toda intriga, enemigos, en fin, de todo fanatismo religioso y político.

La historia en sus páginas de oro ha dejado con-signadas las conversiones, individuales y en masa, que el martirio producía.

Esas conversiones, esos cambios de creencia y de vida, modificando casi súbitamente el estado moral de una ciudad, de un país, ni el fanatismo de los mártires, ni el fanatismo de los espectadores, pueden explicarlos.

Los sentimientos que los acompañaban en los dolores y en la muerte, nada tuvieron de los caracteres del fanatismo.

Sufrir con paciencia y aun con alegría; manifestar entre los más crueles tormentos mansedumbre y tranquilidad de espíritu, una fe viva, una caridad que se extendía hasta sus mismos verdugos, no son seguramente señales ni de un tenaz enca-

prichamiento, ni de una obstinación supersticiosa. Los mártires morían por una religión contraria á todas sus antiguas preocupaciones y que habían abrazado por elección con conocimiento de causa, y aun sabiendo que abrazándola se exponían á la muerte; la obstinación, en consecuencia, no podía cegarlos.

“Os mofáis de nuestra religión, decía Tertuliano á los gentiles; también hubo un tiempo en que nosotros nos mofamos de ella, como vosotros lo hacéis ahora; pero la reflexión y el examen nos han corregido; no somos cristianos por preocupación de sentimiento; lo somos por elección y porque estamos convencidos de la verdad. *Fiunt non nascuntur christiani.*”

Agregan los enemigos de la religión que si el cristianismo ha tenido mártires, los tienen también en número considerable, si no igual, los herejes, los cismáticos y los infieles.

Los filósofos del día nunca nos darán el martirologio de los gentiles, de los mahometanos, de los chinos y otros, es decir, el catálogo de los que entre ellos han muerto única y precisamente por atestiguar la santidad de su culto, pudiendo librarse de la muerte con solo renunciar á su creencia.

Los que comparan á los mártires del error con los mártires del cristianismo, ni han consultado la historia, ni la buena fe y sinceridad, ni las reglas de discurrir bien.

En cada secta esos mártires son muy pocos y los de la Iglesia son innumerables, como lo hemos demostrado con los testimonios de los mismos paganos.

Además de la diferencia en número, la hay también en la actitud de las víctimas.

Los mártires cristianos se sacrificaban libre, sencilla y constantemente.

Destinados á inexplicables tormentos, cuyo relato consterna y humilla, ello podían librarse con una sola palabra, con un solo signo, con una sola restricción.

La elección les era solemnemente concedida en los edictos públicos que proscribían su nombre y su fe.

La clemencia y el favor de los Césares les aguardaban á las puertas del anfiteatro, cerca de los portos, de los patíbulos y de las hogueras.

Pero Cristo se había ofrecido con plena voluntad al suplicio de la cruz: había pasado por las an-

gustias de un deseo heróico: el deseo de ser bautizado en su sangre.

El cristiano, entonces, creíase obligado á obrar como su Maestro, su Rey y su Dios.

De aquí nació esa raza siempre pronta á morir, *genus expeditum mori*; esos varones fuertes acostumbrados á preferir libremente los horrores de la muerte á las honras que debían pagar su apostasia, *illos libenter mori solere*; esos héroes que deponían las armas, para que no se creyese, viéndolos vender tan cara su vida, que temían sacrificarla á su Dios.

No había fausto en la fuerza, ni ostentación en la magnanimidad, ni esas imprecaciones y amenazas que son las últimas armas de la debilidad oprimida ó del odio impotente.

En ellos no se advertían, al sufrir los tormentos, más que humildad, resignación, algunas veces arranques admirables, profesiones de fe sublimes.

No mueren así los mártires del error: su actitud es distinta.

El error, cuando puede, aguarda con las armas en la mano la intervención violenta que él mismo provoca.

El error lleva muy alto su resistencia, se arma con su tenacidad, afecta soberbios desdenes, insulta á la justicia, amenaza á los ejecutores de sus sentencias, muere con indomable rencor en el corazón y con maldiciones horrorosas en los labios.

Esta inferioridad de actitud se comprende mejor, si se comparan entre sí las causas de la muerte.

Los mártires cristianos protestan contra absurdos claramente demostrados por la conciencia y confunden á sus perseguidores con la inocencia de su vida.

Tácito no sabe explicar los atroces suplicios que ellos sufren, sino por una frase anfibológica sobre la cual los eruditos no se han fijado todavía: *haud perinde in crimine incendii, quam odio humani generis convicti sunt.*

¿Qué es lo que esto significa? ¿Qué los cristianos son odiados por el género humano ó que ellos le odian?

Puede traducirse como se quiera, dice el P. Monsabré; de las dos maneras lo vierten los traductores.

Plinio se admira de que se castigue sólo un nombre.

Severo Graniano hace constar la iniquidad de

los tribunales romanos: No es justo, dice, que los cristianos, que no son culpables de ningún crimen, sean castigados sin un juicio previo; *non est justum christianos, nullius criminis reos, absque judicio puniri.*

En nuestros mártires se reconoce una caridad sin límites, una paciencia admirable, una probidad sin ejemplo, una fidelidad á toda prueba, una pureza de vida en medio de la corrupción general, un horror profundo á los placeres sensuales, una sumisión perfecta á las leyes del Imperio, con exclusión de aquellas que ordenan el culto inmundo de los dioses del paganismo.

Los cristianos son inocentes y se les sacrifica sin piedad.

Los mártires del error, al contrario, son condenados por provocaciones criminales, por violencias impías, por insultos á la ley y á la moral pública.

Antes de llegar á sus opiniones, la justicia había encontrado ya en ellos materia para sus fallos.

Los protestantes sinceros confiesan que los más ilustres de sus pretendidos mártires han sido condenados por otros motivos que el de la religión que profesaban: Cramer, por ejemplo, primado de

Inglaterra, era hombre cuyas trapaserías y malas costumbres son de todos conocidas, Claudio Brousson fué reo convicto de conspiración contra el Estado.

En los martirologios de los herejes se hallan rebeldes, mártires forzados, cuyos procesos criminales forman el contraste más singular con las Actas de nuestros mártires.

Estudiando concienzudamente los dos martirologios, que según las pretensiones del racionalismo debieran mutuamente suprimirse, se advierte de un lado la gravedad, el valor, la santidad, y del otro signos que más ó ménos revelan al loco, al cobarde, al malhechor.

Pero, suponiendo que concediéramos lo que la historia niega, es decir, que las víctimas de las sectas y de las religiones falsas, han llevado á la tumba todas las glorias del heroísmo, ¿qué probaría esto? ¿demostraría, por ventura, que han muerto por la verdad?

De ninguna manera; la sangre derramada en favor de una opinión nos deja en libertad para admitirla ó rechazarla en nombre de los principios que rigen nuestra vida intelectual.

Los mártires del error habrán muerto con glo-

ria si se quiere, por una opinión: esto nada prueba.

Los mártires cristianos han dado su vida por atestiguar hechos.

Después de esto, poco importa que hombres, engañados por los sueños de su imaginación ó por ideas nuevas que hubiesen concebido, pretendan libremente consagrarlas con su sangre.

¿Cuáles son los hechos atestiguados por los mártires albigenses, luteranos, calvinistas, anglicanos, cuya sangre, al decir de los incrédulos, ha de ser tan funesta á los cristianos?

Nadie de ellos ha muerto por afirmar que Pedro Baldo hubiese hecho una curación, que Lutero fuese un hombre humilde, Calvino un ángel de dulzura, Enrique VIII un lirio de pureza.

Los héroes del error, volvemos á repetirlo, han muerto por opiniones.

La sangre de nuestros mártires ha escrito en la historia que Dios ha venido al mundo, que Dios ha hablado á la humanidad.

La sangre que los hijos de la Iglesia han deramado en defensa de la fe, es prueba luminosa de la divinidad de Cristo, fundador de esa socie-

dad, extendida por todo el mundo, infalible en su enseñanza, llena de inteligencia, de virtudes, de amor y de abnegación.

Y, sin embargo, al derredor de nosotros hay hombres de inteligencia y de saber, terriblemente encarnizados contra lo que ellos llaman nuestra credulidad.

Escriben en libros, llenos de soberbia, que estamos engañados, que vemos á Dios donde no está, que escuchamos sus palabras donde El no habla.

¿Sería posible que Dios dejara escribir fábulas con sangre, que es lo más precioso y lo más querido en el mundo?

¿Sería posible que Dios permitiera que la sangre, que es la vida del hombre, quedara profanada con una mentira?

¿Sería Dios, por ventura, ese frío y egoísta ser que han soñado las inteligencias pervertidas?

¿Sería Dios un ser oculto en el manto de su gloria y satisfecho de su felicidad, que, rechazando con pie desdeñoso el mundo escapado de su seno, le dió por guía el destino y para rey la desgracia?

¿Sería Dios, espíritu y materia, el bien y el mal, mezclados por la casualidad en una misma naturaleza?

Dios sería todo eso, si la sangre de los mártires hubiese dado testimonio de una mentira y si Dios hubiera presenciado ese espectáculo, consintiendo en que así se engañara á la humanidad.

No hay remedio; si el martirio no es una prueba del principio cristiano, la Providencia no puede explicarse.

Ante la razón serena y tranquila, preciso es confesar que la sangre de los mártires es un brillante testimonio de la divinidad de Cristo.

Pero hay algo más todavía.

Dios no ha sido el simple espectador de los tormentos y de la muerte que han sufrido los hijos de la Iglesia en defensa de la fe.

Dios está interesado en ese testimonio como actor: El mismo es quien testifica por medio del heroísmo y de la sangre de su Iglesia.

Las persecuciones no han sido catástrofes imprevistas. Cristo, trazando á sus discípulos el programa de la obra inmensa que debían acometer, les predijo las dificultades y les reveló de antemano el trágico fin que cada uno había de tener en la empresa.

«Os envío, decía Cristo, como ovejas en medio de lobos. Se os llevará á los tribunales, se os azo-

tará en las sinagogas, por causa de mí. Se os llevará ante los gobernadores, ante los reyes y ante los gentiles para que rindáis vuestro testimonio.»

«El hermano entregará al hermano á la muerte, el padre á sus hijos, los hijos á sus padres, y vosotros seréis odiados por causa de mi nombre. Se os atormentará, se os dará la muerte. . . pero no temáis á los que pueden matar el cuerpo y no pueden matar el alma. . . . cuando estéis en medio de los tormentos tened confianza, porque yo he vencido al mundo.»

¿Y quién hace estas predicciones?

Las hace el hijo de un obrero, un hombre pobre y humillado, que habla en un país sometido al yugo romano; en el seno de una nación despreciada, á hombres débiles, tímidos, ignorantes, groseros.

Este hombre tan obscuro, parece tener gran estima de sí mismo; juzga que se ocuparán de él en el mundo, cuando ya no exista, y juzga que á causa de su nombre, de su nombre pequeño y pobre, el universo todo va á ensañarse contra sus oscuros seguidores.

Esto es verdaderamente raro y sorprendente.

La historia nos pone de manifiesto los nombres ilustres que han caído en el desprecio.